

LA CULTURA DEL AGUA ENTRE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS DEL CHACO AUSTRAL

La cultura de un pueblo se suele evaluar por la producción material de sus integrantes y sus explicaciones sobre la misma. Sin embargo, la dimensión cultural excede aquello manufacturado para abarcar la cosmología y las interpretaciones que se hacen sobre el medio y sus recursos. Es más, con frecuencia es imposible dividir estas tres dimensiones (creación material, cosmología, ambiente) ya que participan en un entramado social donde no se concibe la existencia de una sin la otra. La visión y gestión del agua entre los pueblos del Gran Chaco austral es un claro ejemplo de que la cultura no puede estudiarse más que de manera holística, ya que cualquier objeto concreto como una simple vasija responde a todo un universo de seres, condiciones y disponibilidades que justifican su existencia.

Palabras clave: materialidad, ambiente, cosmología, cerámica, derechos fundamentales

Abstract

A culture is frequently evaluated by the material production of its members and its explanations. However, the cultural dimension overpasses manufactures to include cosmology and the interpretations on the environment and its resources. Furthermore, it tends to be impossible to separate these three dimensions (material creation, cosmology, environment) as they participate in a social network where the existence of one of them cannot be conceived without the other. The interpretation and management of water for the ethnic groups of the southern Gran Chaco is a clear example that culture can only be studied holistically, for any specific object such as a simple vessel responds to a large universe of beings, conditions and availability which justify its existence.

Key words: materiality, environment, cosmology, pottery, fundamental rights

1. Introducción

Dentro del paradigma occidental estamos habituados a buscar imágenes, objetos, elementos tangibles que nos permitan definir el mundo. Sin embargo, cada una de esas

materialidades están imbuidas de una serie de valores intangibles de los cuales escasamente somos conscientes, pese a que la mayoría de las veces nuestras decisiones dependen más de esa justificación inmaterial que del objeto mismo.

El agua no es ajena a este modelo de pensamiento. Constituye un elemento al que le prestamos escasísima atención, algo que forma parte de la cotidianeidad sin mayor relevancia. Solo reparamos en ella frente a su falta, o cuando pasa a ser un foco temporal de atención: “grandes tormentas”, “vacaciones junto al mar”.

El modelo capitalista predominante en gran parte del orbe en la actualidad ha transformado el agua de un elemento esencial para la vida en un simple bien que se rige por la oferta y la demanda. Consecuentemente, el acceso, la provisión y el tratamiento de aguas se reducen a fórmulas técnicas que ponen el énfasis o bien en un conjunto de infraestructuras (desnaturalizando el recurso) o transforman el agua en un mero producto de mercado, que divide a la población entre los consumidores que pagan por un “servicio” y los que no lo son o no tienen los medios para acceder a él.

Una visión alternativa es la que propone Ramón Vargas (2006) para el Programa Hidrológico Internacional de la UNESCO. El autor define el concepto de “cultura del agua” y propone encarar la relación existente entre el agua y la sociedad

desde la base del Agua Aborigen (ab origine), que está desde los orígenes, que es primordial, de la que nace la creación y la posibilidad de regeneración de una nueva humanidad, como nos narran los mitos y libros sagrados de distintas culturas y religiones de nuestra América y del resto del mundo (Vargas 2006: 15-16).

De esta manera, el autor reseñado saca a la luz un paradigma completamente diferente de la relación de los seres humanos con el líquido vital, que abarca tanto sus aspectos materiales como los valores, saberes, mitos y costumbres, entre otros, que acompañan la cotidiana relación que se establece entre el ambiente y los grupos culturales.

La propuesta de entender la relación actual con el agua desde una postura cultural exige considerar la cosmovisión de aquellas poblaciones que la integran en su vida cotidiana. Ello implica que, además de considerar al agua como el medio irremplazable para la supervivencia de los seres vivos, es necesario integrarla en un conjunto de reglas, mitos y creencias que permiten definir el ambiente en que se habita y las relaciones que se establecen con sus integrantes, sean físicos o espirituales. De esta manera, identificamos la participación de agentes diversos que interactúan con el agua con el fin de contemplar soluciones endógenas que, por no estar homologadas ni basarse exclusivamente en el

rendimiento económico, suelen ser rechazadas por los poderes político-económicos de turno, que con excesiva frecuencia responden a los mismos intereses. Como recuerda el defensor de esta propuesta: *Es evidente que las recetas estandarizadas de la presente etapa de 'colonización globalizada' [...] desplazaron otras prácticas originadas en un conocimiento local que es desdeñado o ignorado por la visión de las tecnoburocracias* (Vargas 2006: 14).

2. La región chaqueña

La zona denominada geográficamente como el Gran Chaco sudamericano corresponde a un biotopo que cubre una superficie de medio millón de hectáreas y se extiende desde latitudes tropicales (18°S) hasta ambientes subtropicales (31°S). En la actualidad está dividido por las fronteras de cuatro países: Argentina, Bolivia, Brasil y Paraguay. Más allá de algunas especificidades, en términos ecológicos la principal división se trazaría entre el Chaco semiárido o seco (con precipitaciones de unos 600mm anuales) y el Chaco húmedo, con diferentes posibilidades de acceso al agua según la región (Figura 1).

En esta zona se encuentra, además, el Polo de calor de Sudamérica, que afecta sustancialmente la disponibilidad de recursos hídricos y genera situaciones extremas de sequía e inundación con márgenes temporales muy cortos (Vargas 2006) que no llegan a dar lugar a tomar medidas paliativas. Debido a la extensión de este territorio, se identifica una gran variedad de climas y relieves que generan diversos ambientes, desde pastizales, esteros y sabanas, hasta bañados, salitrales, sierras y ríos, y, fundamentalmente, una gran extensión y diversidad de bosques y arbustales. Esta gran cantidad de ambientes se traduce en una alta diversidad de especies animales y vegetales que hacen del área un espacio clave para la conservación de la biodiversidad. En la ecorregión se conocen más de 3.400 especies de plantas, medio millar de especies de aves, y varios centenares de mamíferos, reptiles y anfibios (Ojea *et al.* s/f). Actualmente, el desmonte para monocultivo de soja transgénica expone a la zona al arrastre de tierras, pérdida de absorción de agua y alta contaminación por agrotóxicos, que atentan contra el ecosistema y la vida, a la vez que reportan grandes beneficios a los terratenientes locales y políticos vinculados.

En cuanto al agua, como indica Vargas (2006), es importante reconocer algunos factores para su manejo. En primer lugar, los bosques xerófilos autóctonos ejercen como amortiguadores de las tormentas tropicales típicas del área al absorber el excedente

hídrico y evitar su extensión en una geología de fuerte erosión y remoción de la capa fértil.

Las aguas superficiales tienen caudal diverso, diferenciándose los acuíferos (Guaraní y Toba), los grandes ríos como el Pilcomayo, Bermejo, Paraguay, Salado y Dulce, y numerosos riachos como el Teuco o Bermejito. Este paisaje se complementa con lagunas, esteros y bañados de aguas permanentes (Ojea *et al.* s/f).

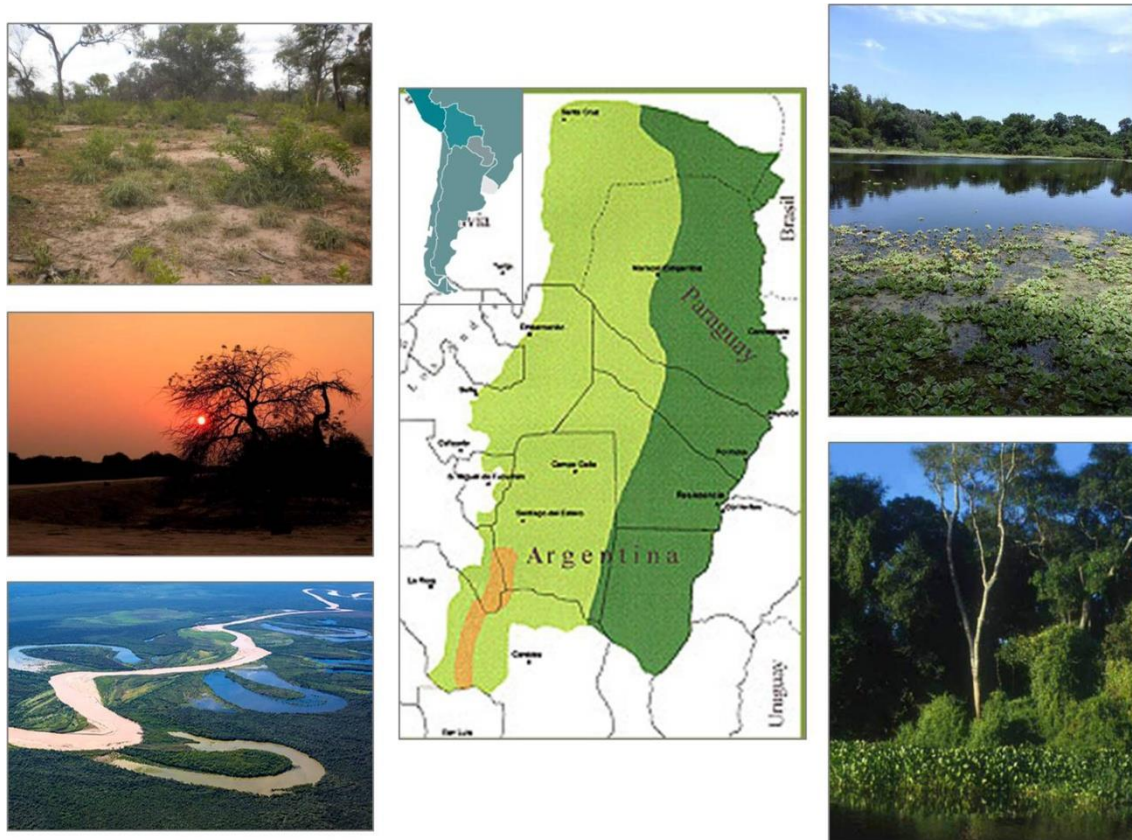


Figura 1. División del Gran Chaco según su capacidad hídrica.

Las napas subterráneas someras por lo general no son aptas para el consumo debido a su salinidad y escasez. A mayor profundidad, el agua puede tener una salinidad superior a la marina, además de arsénico, resabios de la transgresión marina de finales del Terciario, hace un millón de años. En otras zonas, las aguas profundas son de excelente calidad pero su extracción requiere de sumo cuidado y tecnología avanzada –y, por ello, de altos costes- para evitar la contaminación con los niveles salados. Ello dificulta la instalación de pequeñas infraestructuras como bombas extractoras, pozos o aljibes para la obtención de agua potable que serían más asequibles a la capacidad económica de la población del área.

3. La definición del territorio

A grandes rasgos, podríamos separar la población del Gran Chaco según su radicación en zonas rurales o urbanas, en parte condicionada por su adscripción cultural y el lugar de origen de sus antepasados.

La mayoría de los habitantes urbanos son descendientes de colonos europeos y sustentan gran parte del poder económico y político del área, si bien la situación demográfica es muy variable según el tamaño de la población y su cercanía a las capitales provinciales. Pocas ciudades superan los 90.000 habitantes, con una media de 10-20.000 habitantes en el interior provincial, que habitan en pequeños centros urbanos asociados a un área rural periférica (Ministerio de Educación s/f) que puede albergar una población igual o superior a la del casco urbano.

En estas zonas rurales y en los parajes más alejados de las ciudades y las conexiones viales predomina la población “criolla” (expresión local para referirse a las personas con distinto grado de mestizaje) y los pueblos originarios. Ambos grupos, pero mayoritariamente los segundos, suelen habitar tierras fiscales y trabajar ocasionalmente en la explotación forestal, el desmonte, los cultivos de soja, los ingenios azucareros o la cría de ganado. En ocasiones, algún terreno es propiedad de criollos y las tierras comunales indígenas están reconocidas judicialmente pero, por lo general, los campos pertenecen a grandes latifundistas que no residen en el área y en ocasiones se apropian de superficies adicionales de tierra o agua de manera ilegal, si bien con el frecuente consentimiento –real o implícito- de los funcionarios gubernamentales responsables de la gestión del área. Aunque las condiciones de vida de los pobladores originarios y los peones criollos en el Chaco son similares en términos de acceso a vivienda, salud, educación y bienes básicos, existe un prejuicio generalizado que minusvalora a los primeros.

En todo el Gran Chaco, pero en particular en las zonas rurales y en el monte nativo o Impenetrable, viven diversos pueblos originarios desde tiempos prehispánicos. Los escasos registros arqueológicos en el área indican una antigüedad de más de 2000 años (Lamenza *et al.* 2016). Durante los últimos cinco siglos las naciones indígenas han defendido su territorio de conquistadores europeos, colonizadores republicanos, militares de distintas lealtades (Attías y Lombardo 2014) y, actualmente, megaproyectos extractivos y de desmonte. Hasta fines del siglo XIX la mayor parte de los habitantes del Gran Chaco tuvieron un modo de vida móvil, con explotación selectiva de recursos y

rotación estacional de asentamientos que les permitía aprovechar los cursos de agua con métodos y técnicas que la gestión actual desvaloriza y que hoy en día perdieron vigencia por la contaminación de las fuentes y la restricción del espacio vital tradicional.

La política genocida ejercida ininterrumpidamente desde mediados del siglo XIX fue el comienzo de la desestructuración de las relaciones entre los miembros de las comunidades originarias y el ambiente, ya sea por la destrucción del medio o por la movilidad forzosa impuesta por misioneros, explotaciones forestales y agrícolas (sobre todo la cosecha del algodón y la caña de azúcar) que, con apoyo militar, trasladaban a comunidades enteras para trabajar en los latifundios y factorías. Este proceso se agravó hacia mediados del siglo XX, cuando se profundizó el desmonte y se reubicó a las poblaciones montaraces en la periferia de los centros urbanos, asimilándolos al sistema capitalista en una posición claramente desventajosa. Hasta fines del siglo XX, este proceso implicó la pérdida de costumbres, saberes y creencias, además de gestarse una imagen social de “los indios” como un grupo homogéneo que, por su forma de vida, no se acomodaban a la vida sedentaria, una situación que en la actualidad parece estar cambiando gradualmente, en un intento tanto endógeno como externo de valorar la diversidad de naciones y recuperar los valores indígenas propios de cada pueblo (Vidal 2018a). Aquellos grupos que permanecen en los parajes del monte quedan reclusos en pequeños territorios que los obliga a transformar su tradicional estilo de vida nómada en un semi-sedentarismo forzado que los inmoviliza a la vez que les niega el acceso a los recursos, ya sean naturales o urbanos.

4. El agua en el Gran Chaco

Podríamos dividir la región en tres situaciones diferentes de gestión del agua según el uso de la tierra donde se encuentran las fuentes hídricas. Entonces, a la clásica división urbano *versus* rural habría que sumar una subdivisión que separe las formas de acceso al agua en los parajes donde habitan indígenas y criollos, por un lado, y las explotaciones agroganaderas propiedad de latifundistas y trabajadas por peones criollos mayoritariamente.

Las zonas urbanas corresponden a ciudades de distinta envergadura que ofrecen servicios públicos y privatizados a los habitantes, entre ellos, el tratamiento y la distribución de agua potable. Si bien estos servicios presentan una gran diversidad dependiendo de la cantidad de población y la gestión de los recursos económicos de los responsables, suelen coincidir con depuradoras, redes de provisión de aguas y, en ocasiones, sistemas de

alcantarillado y evacuación de aguas servidas, en la mayoría de los casos de muy escaso alcance. Incluso en las capitales provinciales el sistema de gestión es tan deficiente que no cuenta con desagües pluviales suficientes. Ello genera un serio inconveniente si se tiene en cuenta la irregularidad higrológica local, donde en temporada de lluvias pueden anegarse las vías de circulación en pocas horas, una situación que es cada vez más frecuente en la zona debido a la intensidad del desmonte y el desvío de los ríos, acciones que generan lluvias torrenciales.

En la mayoría de las poblaciones de más de 20.000 habitantes se están instalando plantas depuradoras que tienen una capacidad de tratamiento de aguas muy limitada. Ello genera, además de un alto coste, la exclusión de algunos barrios a los que no llega el suministro de agua potable. En particular, los cordones exteriores de la ciudad y las denominadas “áreas rurales” o barrios periféricos se ven afectados por la falta de suministro y la contaminación de los acuíferos por los desagües de aguas servidas del centro urbano. Invariablemente estas zonas marginadas corresponden a los barrios más humildes, generalmente las antiguas “misiones”, “colonias” o “tolderías”, en su mayor parte habitadas por personas de origen indígena desplazados de sus tierras ancestrales o en busca de mejores condiciones de vida.

Incluso los grandes emprendimientos hidráulicos establecen una clara división entre quienes serán los futuros usuarios del recurso y aquellos que quedan fuera de su alcance. El muy promocionado “Plan Belgrano” del gobierno nacional para el desarrollo del norte de Argentina incluye la construcción de infraestructura de tratamiento de aguas. Pese a ser pregonado como un gran servicio “para las comunidades qom y wichí” de la zona, se pone el énfasis (y se plantean las obras) en el abastecimiento a las “ciudades de El Impenetrable” y las zonas de promoción turística (Ministerio del Interior 2016). Ello implica una clara marginación si consideramos que estamos en una zona donde la gran mayoría de la población habita lotes rurales, que no solo no estarán favorecidos por estas obras sino que sufrirán directamente sus consecuencias en término de escasez de agua e inundaciones, como ha ocurrido durante el verano de 2017-2018 con el desborde de los ríos locales debido a la manipulación de su cauce y la fisura del dique Chimeo en Bolivia. En este caso, la situación de emergencia sanitaria y social no solo hizo visible la inadecuada planificación de las obras sino que destacó la indiferencia de los distintos grupos gobernantes hacia la población chaqueña, en claro contraste con la solidaridad desplegada por las ONGs, organismos y asociaciones de ayuda humanitaria y población en general.

En el ámbito rural se establece una clara división entre las posibilidades de uso del agua por parte de las poblaciones dispersas de los parajes, por un lado, y las explotaciones agrarias, por otro. El desproporcionado aumento del cultivo de soja a expensas del monte nativo perturbó el sistema natural de absorción del agua a la vez que exigió el desvío de algunos afluentes para el riego (Figura 2). Las “rectificaciones” de los ríos, como en el caso del Teuquito, para reconducir el caudal a los campos, dejan sin irrigación algunos meandros que permitían la fertilidad de las zonas aledañas de monte. Por otro lado, en algunas regiones los alambrados de tierras privatizadas amplían sus límites sin justificación legal e incluyen en su territorio las reservas de agua de uso público que en ocasiones coinciden con cementerios y otros sitios sagrados de la población nativa. A ello se suma la contaminación por agroquímicos que afecta no solo al aire, sino también a la tierra y al agua, llegando a niveles muy por encima de los recomendados por la OMS (Montenegro 2010).



Figura 2. Expansión del área sojera en la última década y rectificación del riacho Teuquito.

Estas estrategias de apropiación del agua en manos privadas tienen su ejemplo culmine en la propuesta de venta a empresas como Coca-Cola y Nestlé de terrenos dentro del área de captación del Acuífero Guaraní (Aliscioni 2005), considerado la segunda reserva de agua dulce del mundo (Ojea *et al.* s/f). Ello supondría la pérdida de grandes volúmenes del recurso para transformarlo en un lujo innecesario que, además, queda fuera del alcance de la población local. Este tipo de establecimientos, al igual que la utilización de aguas para la explotación minera, con frecuencia viene acompañado no solo de apropiación de territorios comunales sino también de una fuerte militarización en el área, en ocasiones por bases militares extranjeras.

Debido a sus limitados recursos económicos y a la constante vulneración de sus derechos territoriales, la población nativa se ve reducida a parajes o asentamientos aislados donde la supervivencia está en continuo riesgo al carecer de espacios para obtener lo necesario para vivir y de medios para adquirirlo de terceros. El área está en emergencia social, alimentaria y sanitaria permanente, y los cambios de uso de la tierra efectuados por los organismos responsables no hacen más que empeorar la situación. El agua no es ajena a esta escasez. Prácticamente no existen políticas oficiales que atiendan la necesidad de abastecimiento de estas poblaciones, a la que con frecuencia se les ha privado el acceso a las fuentes naturales o solo pueden recurrir a aguas contaminadas. Las propuestas generalmente se limitan a la construcción de reservorios -que a menudo terminan siendo obras inconclusas- o dependen de la buena voluntad del encargado de turno para el envío del camión cisterna que debe llenarlos en época de sequía. Recordemos que el Gran Chaco es orográficamente una gran llanura donde no es factible construir grandes obras de embalse de manera sustentable ni los residentes de la región cuentan con los medios económicos para financiarlos.



Figura 3. Infraestructura doméstica para extracción y almacenamiento de agua (Fotografías: Naqom, INTA).

En estos casos, la población indígena que habita en las lindes de las áreas con infraestructura para el tratamiento de aguas tiene limitadas posibilidades de acceder al agua potable. La solución más favorable –y, lamentablemente, la menos frecuente- es la realización de pequeñas construcciones como cisternas, pozos y aljibes (Figura 3) contruidos la gran mayoría de las veces junto a ONGs y otras asociaciones que colaboran asimismo con ayuda social y sanitaria. Estos depósitos se llenan con aguas de lluvia o, menos frecuentemente, con camiones cisternas del municipio.

Una segunda alternativa, mucho más frecuente, es la recolección del agua pluvial en recipientes reutilizados de metal y plástico (Figura 4), provenientes del desecho de las ciudades o de las explotaciones agrícolas y forestales, en distinto grado de integridad y salubridad. Estos recipientes fueron habitualmente utilizados para agrotóxicos, fertilizantes y productos químicos similares, que se filtran al agua. Asimismo, la falta de higiene y su exposición al sol facilita el desarrollo de distintos tipos de bacterias.



Figura 4. Recipientes utilizados para la recolección de agua

Por último, en las zonas más desfavorecidas se recurre a los depósitos naturales de agua superficial conocidos como “madrejones” que, debido a su poca profundidad, carencia de desagüe y las altas temperaturas estivales, se transforman en focos de parásitos y depósitos de desechos.

Como se deduce, la mayor parte del agua disponible dista de ser potable. De hecho, una de las principales causas de muerte en el Gran Chaco es la deshidratación provocada por diarreas y parásitos, unida a la deficiente alimentación. La mortalidad infantil alcanza cifras del 52% y la disponibilidad de servicios de salud es sumamente escasa (ver síntesis en Vidal 2018a), en una población que está expuesta a dengue y zika, además de

enfermedades infecto-contagiosas como tuberculosis o fiebre hemorrágica. Las autoridades locales reconocen esta problemática pero la achacan a *los hábitos higiénico-dietéticos de los wichis* [que] *en verano beben agua de los madrejones* (Tiempo Argentino 20/03/2017) en lugar de reconocer la necesidad de una política continua y consensuada sobre la gestión de la tierra y el agua, donde se reconozca el derecho al acceso de dos recursos fundamentales para la supervivencia.

Las dificultades de los pobladores en relación con el agua no acaban en la disponibilidad de agua potable. La sucesión de inundaciones y sequías extremas provoca desplazamientos forzados de las familias que pierden sus escasas posesiones, viven a la intemperie de forma muy precaria y desestructuran la red comunitaria, único sustento de muchos grupos originarios.

5. La cultura del agua

El gran despojo que sufrieron los pueblos chaqueños durante la ocupación del Chaco cercenó severamente la posibilidad de una mejoría en términos económicos debido a la imposibilidad de generar recursos que les permitan el acceso a los bienes necesarios y la tenencia de la tierra, un conflicto que en la actualidad dista de estar resuelto. Pese a ello, estos pueblos originarios, como todas las culturas, conservan un riquísimo patrimonio inmaterial que explica el mundo y las relaciones de los seres humanos con el ambiente y con los demás. Debido a la importancia del agua dentro de su universo, se constituye en un factor transversal que atraviesa todos los aspectos de la cosmología. Presentaremos a continuación distintas visiones del agua presentes en la concepción indígena chaqueña y sus materialidades asociadas.

5.1.El agua es un ser vivo y dadora de vida

Dentro de la concepción indígena americana, el agua no es simplemente un elemento de la naturaleza: tiene vida propia, una vida a veces antojadiza que obliga a los seres humanos a tratarla con respeto (Vargas 2006). El agua siempre ha estado allí y es necesario que allí siga, para garantizar la continuidad del mundo, como lo explica la cosmogonía qom en el mito de Peletché, por ejemplo:

Antes era todo agua, y de ahí, Lapichí [...] hizo como miel bien batido y quedó duro, fuerte, como piso. Cuando hizo agua en el Paraguay, había un palo con punta [...] atrás viene el agua. Lapichí [...] venía caminando: detrás de él, el agua. Cuando paraba, plantaba palo: el agua paraba.

Venían en el agua todos los bichos que él había hecho (Peletché, mito qom de la creación del mundo, en Suárez 2012).

Como en el mundo occidental, la vida sin agua en el monte es imposible. La diferencia radica en la relación que se establece con ella: en lugar de ser un mero componente del medio a explotar, para ellos es parte indisoluble de la vida y debe recibir el mismo tratamiento de respecto que cualquier ser vivo. Por ello, los pueblos indígenas del Chaco no se refieren al agua de forma genérica, sino que denominan con nombre propio a lagos, ríos, lagunas, muchas veces recurriendo a nomenclaturas antiguas de origen mitológico (Ojea *et al.* s/f).

En la concepción montarás, el agua no se limita a la sustancia en estado líquido que circula o está encajonada en la superficie de la tierra o bajo ella. El agua existe en otras formas, es parte de otros seres vivos que, a su vez, permiten la vida en tierras inhóspitas; los grupos nómades del Chaco saben encontrarla dentro de ciertas plantas (Figura 6) y aprovechan sus cualidades, en particular en el Chaco semiárido, donde se pueden recorrer jornadas enteras a pie sin encontrar fuentes de agua potable. Entre otros ejemplos vegetales, la “sandía silvestre” o “sacha sandía” (*Capparis salicifolia*) es un importante reservorio de agua, además del origen de los *axnábsero* o deidades menores para los ishir (Cordeu 2006). Asimismo, el tubérculo conocido localmente como *letzaj* (wichí) o *yacón* (pilagá) (*Smallanthus sonchifolius*) fue muy solicitado hasta hace media década como hidratante temporal (Anónimo 2017). Incluso el *cháguar* o *caraguatá* (*Bromelia* sp.), tan codiciado por sus fibras textiles, puede servir para engañar la sed del viajero hasta que encuentre algún afluyente de agua potable (L. Zamora, com. pers.).

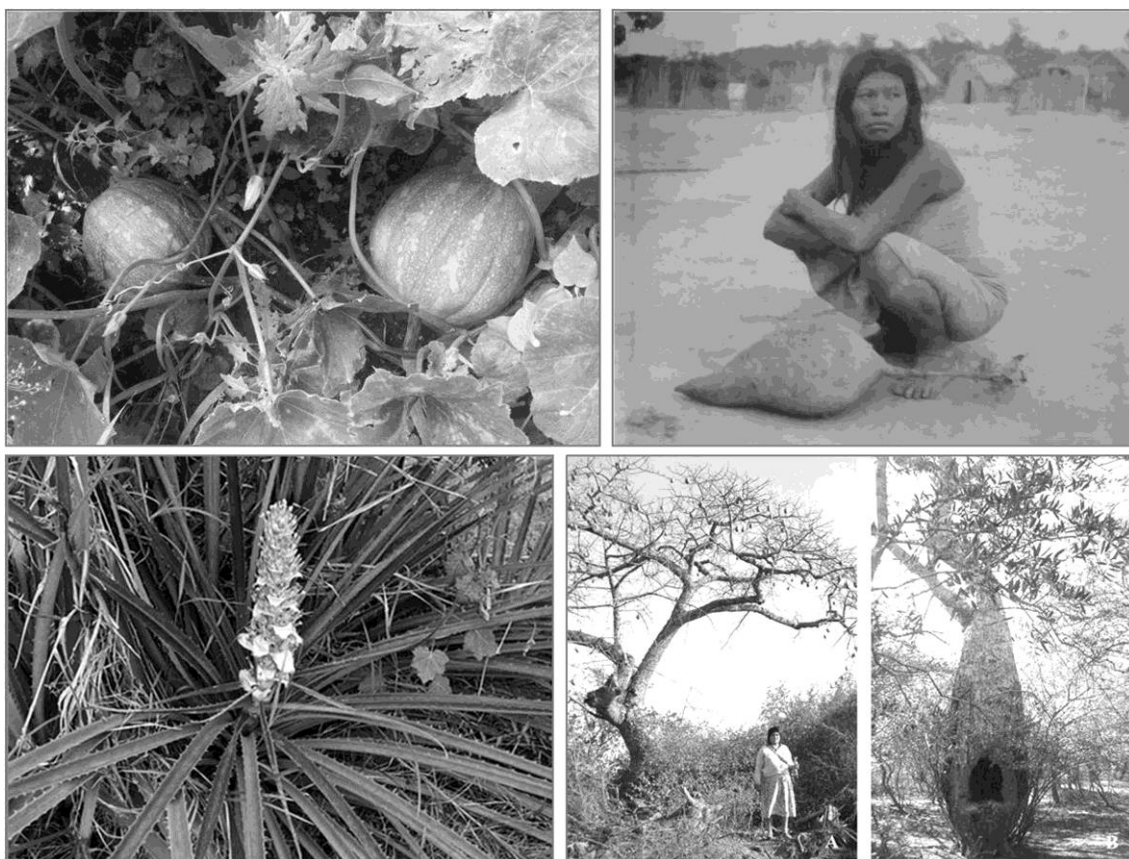


Figura 5. Plantas nativas del Chaco con alto contenido de agua (a. sandía silvestre; b. letzaj (Anónimo 2017); c. chágua; d. yuchán (Suárez 2006).

Un caso particular es el del *yuchán* o palo borracho (*Ceiba chodatii*, *Bombacaceae*). Como gran parte del monte, este árbol está asociado míticamente a la posibilidad de crear vida, una metáfora recurrente al hablar del agua:

Un joven tiró su kumichúk (clava arrojadiza) con tanta fuerza que se perdió muy lejos. Lo buscó días y días hasta que al fin lo encontró clavado en un enorme árbol palo-borracho. Al retirarlo, manó el agua del tronco y surgieron los primeros peces. Después de tomar algunos, el joven volvió a cerrar el árbol; luego enseñó a los suyos a consumir pescado asado y les indicó que debían proceder de la misma manera cada vez que quisieran conseguir más pescados (Cordeu 2006: 60).

La morfología de este árbol, con un tronco globular prominente, lo hace apto como reservorio. En ocasiones los viajeros que frecuentan un paraje donde escasea el agua pero hay algún ejemplar de *yuchán* con alguna rajadura, agrandan el agujero para que se deposite en el interior el rocío y se acumule agua. Culturalmente se utilizaba también entre las diferentes etnias del Chaco para la confección de grandes bateas donde se

fermenta la *aloha*, la bebida ritual; para los avá-chané, es la materia prima para confeccionar las máscaras del areté-guasú o la gran fiesta guaraní.

5.2. El agua como recurso a preservar

Al igual que en el mundo urbano, el agua cubre un sinnúmero de necesidades en el monte. Es un componente ineludible en la alimentación, desde la comida diaria a la preparación de *aloha*, la bebida de algarroba fermentada de uso festivo y ritual (Figura 6). Asimismo, es el medio en el que habitan los peces, principal fuente de proteína para aquellos grupos que pueden acceder a los cursos de agua. Desde antiguo se conocen distintas estrategias de pesca, ya sea individual con arco y flecha, o colectiva con redes (Arenas 2003). Cualquiera sea el caso, se procura no agotar el recurso alternándolo con otros medios alimenticios, y se evita la pesca en época de desove. Este último fenómeno tiene, además de la explicación natural, un motivo mitológico que advierte a los lugareños sobre los peligros que puede acarrear el agua en caso de no respetarse su ciclo de vida:

P'alha es una mujer espiritual que vive en el agua, en cuerpos de agua permanentes (ríos, cañadas, lagunas). A estas P'alha los criollos locales las llaman "sirena". El río Bermejo está repleto de estos seres; cuando éste está crecido, las P'alha van al norte y cuando llegan se transforman en remolino y regresan. En el camino de ida o de vuelta, cuando encuentran algo de agua se quedan allí. [...] Cuando un hombre se ahoga en el río es porque P'alha lo llevó consigo. Algunas mujeres wichís ven a P'alha, pero a ellas no les pasa nada. Cuando un cuerpo de agua está habitado por P'alha, los wichís no beben ese agua, ya que es amarga (tapay) y si se ingiere provoca vómitos y en ocasiones la muerte. Sin embargo, cuando P'alha se retira de allí, el agua se vuelve potable (Suárez 2012: 154).

Algo similar ocurre con la interferencia con otros ciclos vitales: las mujeres menstruantes no deben acercarse al agua ya que correrían el riesgo de que no solo ellas, sino toda su comunidad, sean estrangulados por Wosak, la gran serpiente arco-iris de los pilagá (Aguilar *et al.* s/f: 18).

Además de la pesca, el agua es imprescindible para el procesamiento del *cháguar* o *caraguatá*, la materia prima para los textiles que, si bien hoy han sido reemplazados por prendas manufacturadas, constituyen una moderada fuente de ingreso familiar mediante su venta a visitantes, en particular para los wichí y pilagá.



Figura 6: Fermentación de la aloha y teñido del cháguar.

En cuanto al uso del espacio, la concepción de los límites y de los pasos en el monte sigue pautas diferentes del modelo paisajístico occidental: para los chaqueños no existen las fronteras naturales: el territorio es un continuo que se ocupa según las necesidades del grupo, una tradición heredada del nomadismo, aún vigente en algunas partes de El Impenetrable. El agua nunca es un obstáculo a salvarse con estructuras permanentes; los ríos son medios de comunicación que se recorren en embarcaciones someras y se cruzan a nado o con soluciones temporales, incluso en los casos de sendas frecuentes.

5.3.El agua es una expresión cultural

Dentro de un modelo del mundo donde hay un fluir continuo entre la naturaleza y la cultura, el agua está presente en distintas manifestaciones (Figura 7), desde la cerámica tradicional para transportar agua, a los juegos de hilo y los diseños de los tejidos, corporizando en un soporte cultural su importancia en la vida cotidiana. Desde la cultura, el agua cobra también otro significado, como lugar de encuentro, reunión y comunicación, además de marca territorial. Los ríos (en particular las grandes corrientes, como el Pilcomayo y el Bermejo) tienen un origen mitológico, como gran parte del paisaje y de la materialidad chaqueña:

Después de la creación, dicen que el Gran Chaco quedó al cuidado de Guaraní, un gran jefe guaraní. Cuidó de la fauna y la flora, de la tierra, de los ríos y de los montes.

Guarán, antes de morir, entregó el manejo de los asuntos del Gran Chaco a sus dos únicos hijos. Ambos tenían opiniones diferentes respecto a cómo administrar la región [...].

Un día se les apareció el genio del mal, el Aña (diablo, en guaraní) quien les aconsejó que compitieran entre sí con destreza para resolver las cuestiones que los enfrentaban. Tuvichavé y Michivevá decidieron hacerle caso. Subieron a los cerros lindantes con el Gran Chaco [los Andes] a ejecutar diferentes pruebas de destreza, resistencia y habilidad. En una de las pruebas en el manejo de las flechas, Michivevá lanza una flecha contra un árbol que servía de blanco, pero el Aña hizo de las suyas: la desvió y logró que la flecha penetrara en el corazón de Tuvichavé, su hermano.

Al instante, la sangre brotó a borbotones, con fuerza y comenzó a bajar por los cerros, el I-pyrá ([río] Bermejo). Al darse cuenta de lo que había hecho [...] Michivevá comenzó a deshacerse en lágrimas y lloró tanto que sus lágrimas corrieron tras el río de sangre de su hermano.

Así se formó el Pilcomayo, siempre a la par del Bermejo.

Y el Chaco quedó sin jefes. Pero siguió prosperando bajo el cuidado de la naturaleza, enmarañada, impenetrable, surcado por el río de aguas rojas (el Bermejo) nacido de la sangre del corazón de Tuvichavé y de su par, el río Pilcomayo formado por las lágrimas de Michivevá (Ojea et al. s/f).



Figura 7. Juegos de hilos (el puente) y propuesta de escudo para los pueblos originarios de Chaco.

Incluso en manifestaciones culturales de origen más reciente se aprecia esta relación: el agua y la tierra reseca, junto con la *wiphala*, son los elementos del escudo propuesto para los pueblos originarios de la provincia de Chaco, resaltando la importancia del líquido vital en la cultura indígena. Los nuevos cultos evangélicos ingresados en la zona (pentecontalismo, anglicanismo) reconocen asimismo esta relación y resignifican los ríos sagrados dentro de sus ritos, como el bautismo, y de la historia bíblica, en particular con la imagen del Jesús cristiano nacido a orillas de Pilcomayo, a semejanza del antiguo No'huet (Canal Encuentro 2007).

5.4. El agua es parte del mundo sobrenatural

Como en prácticamente todas las religiones no monoteístas, las deidades y seres sobrenaturales conjugan aspectos benévolos y dañinos que sientan las pautas para el desarrollo de las culturas en las que se idolatran. El agua ocupa un lugar preponderante dentro de la mitología chaqueña, con personajes como las *p'althas* de los wichís y qom que hemos mencionado y su capacidad para alterar el agua y provocar enfermedades y muerte, o los temidos *kylyikhama* acuáticos de los lengua (Figura 8):

Un kylyikhama frecuente pantanos, ríos y lagos, es de color blanco y se ha visto navegando sobre las aguas. Es uno de los más temidos y por la noche se pueden escuchar sus estridentes silbidos. Para protegerse

del espíritu del agua, [los enlhet] usan un tocado de plumas (leyenda lengua (enlhet) recogida en Baarbroke Grubb 1993 [1911]).

Los weehayek reconocen seres sobrenaturales que se ocultan en el agua para engañar a las mujeres que van a recogerla en cántaros, con lo cual deben ser muy cuidadosas con el lugar y la manera en que se proveen de agua (Alvarsson 2012).



Figura 8: Representación de una *P'alha* y un *kylyikhama* (Baarbroke Grubb 1993 [1911]).

Un ejemplo muy reciente de la relación con el agua y su poder se atestiguó el verano pasado, durante la crecida del Pilcomayo, cuando las ancianas wichí del este salteño organizaron rogativas al río para solicitarle perdón por los actos de los humanos y suplicarle que calme sus aguas. El desborde del río arrasó con regiones enteras, en parte debido a la incapacidad de la gestión occidental de concebir el agua de manera holística y concentrar su caudal con diques y desmontes en una región donde la capacidad de absorción está directamente vinculada a la disponibilidad de grandes superficies con abundante cubierta vegetal. Paradójicamente, los más perjudicados fueron los pobladores indígenas, aquellos que tienen una cultura más respetuosa de la naturaleza, una situación que oficialmente no se calificó con demasiada seriedad ya que, en palabras del gobernador provincial *perdieron todo y a la vez no perdieron casi nada, porque no tenían casi nada* (J.M. Urtubey, citado en *Diarioinforalta* 07/02/2018), una referencia que minimiza no

solo la emergencia ambiental y social sino el permanente despojo de los pueblos originarios.

Una vez comprendida la enmarañada red de relaciones materiales e inmateriales que componen la cultura del agua en el Gran Chaco, cabe plantearse una pregunta urgente: ¿cómo integrar esta compleja situación en una gestión que permita el acceso al agua de calidad de manera permanente a poblaciones dispersas en un amplio territorio?

6. Vinculando lo material con lo inmaterial: respeto a las culturas y al medio ambiente

En la actualidad existen algunas medidas para mejorar el acceso al agua potable en los parajes montaraces que están en armonía con las creencias y necesidades de los pobladores originarios y respetan tanto el medio ambiente como las necesidades de las zonas urbanizadas. Sin embargo, los inconvenientes son enormes, en parte por ser ejecutadas por las propias poblaciones junto a ONGs y voluntarios, con propuestas que muchas veces chocan con las políticas oficiales y siempre agobiados por la carencia de medios económicos suficientes para atender a una población tan numerosa.

Debido a la dificultad geográfica para construir grandes obras de embalse y los costos ambientales y humanos asociados, los empeños gubernamentales en crear infraestructuras vistosas y muy promocionadas pecan de una nula conciencia social y ecológica. Las inundaciones, la sequía y la pobreza del área exigen una gestión a pequeña escala accesible a todas las poblaciones involucradas, sean urbanas, producciones agrícolas o poblados originarios. El desequilibrio entre la construcción de infraestructura para abastecer a las dos primeras en desmedro de los últimos hace que los esfuerzos por mejorar las condiciones de vida e higiene de aquellos más desfavorecidos queden frecuentemente inutilizados. Las actividades de diferentes organizaciones de voluntarios (Naqom, Deuda Interna, entre muchos otros) han demostrado que un manejo eficiente de los cursos de agua, complementados con la recolección a gran escala del agua de lluvia y la perforación de pozos puede abastecer a una parte importante de la región que en la actualidad queda marginada del suministro oficial de agua.

6.1. Una expresión cultural particular: las cerámicas para el tratamiento del agua

Un ejemplo de la existencia de una cultura del agua eficiente en el Chaco precolonial lo aporta la tecnología indígena. Incluso sin la actual contaminación por aguas servidas, desechos mineros y agroquímicos, el agua del Chaco no es potable excepto en las grandes superficies, debido a su alta concentración de bacterias y niveles variables de arsénico. Sin embargo, desde antiguo, los pobladores del monte han apelado a su conocimiento del medio y los recursos para tratar el agua.

Desde principios de la era cristiana al menos, el nomadismo de los pueblos chaqueños (Lamenza *et al.* 2016) les permitió adaptar sus asentamientos a la disponibilidad de recursos de alimento y agua. La reducción del territorio indígena debido al desmonte y la agricultura ejecutados por los denominados “colonizadores” durante el último siglo forzó a las poblaciones a un sedentarismo incompleto, donde el suministro de agua no está mínimamente garantizado, al igual que el acceso a una alimentación equilibrada y a los servicios sanitarios.

En cuanto al agua, la tradición de estos pueblos contempló siempre la necesidad de depurarla. Pese a su movilidad, algunos grupos eran eximios alfareros, con registros etnográficos datables desde finales del siglo XIX hasta la actualidad (Vidal 2017, 2018b). Si nos remitimos a los materiales arqueológicos, podemos asimismo identificar que algunas prácticas, como las recetas utilizadas en las pastas, tienen incluso orígenes más antiguos (Márquez Miranda 1942).

Independientemente de la etnia, la morfología cerámica de los grupos del Gran Chaco Austral se limitaba casi exclusivamente a recipientes para la gestión del agua. Además de cantimploras y botellas, existían tinajas o botijos -que se utilizaban para el traslado del agua- y ollas, donde se depositaba el líquido una vez decantado. De esta manera, el agua se sometía a un proceso de selección donde se eliminaban agentes contaminantes mediante la lixiviación y la deposición (Figura 9). Sin embargo, este proceso no se limitaba al trasvase del líquido: en todas las etapas se agrega a la vasija un puñado de cenizas de hueso calcinado molido que facilitaba la decantación. Asimismo, en la composición de estos recipientes para agua se utilizaba abundante hueso molido con el mismo fin. Hoy día sabemos que químicamente la ceniza de hueso es un potente agente bactericida y depurador (Orellana 2005): los pueblos chaqueños llevan utilizándola dos milenios para el tratamiento del agua.



Figura 9. Complejo cerámico para agua.

Sin embargo, en la actualidad se ha perdido el uso de la cerámica de agua a favor de recipientes plásticos descartados por las ciudades y las explotaciones económicas en aras de una supuesta modernidad y mejora tecnológica. Como sucedió con el reemplazo de las tolдерías originales por los techos de cinc, el plástico se adapta muy mal a las condiciones de vida del monte: además de la posible toxicidad del contenido original, estos recipientes acumulan suciedad, facilitan la anidación de insectos y parásitos, y se rompen fácilmente bajo el sol chaqueño. Además, su disponibilidad depende del acceso a los materiales de desecho, problemas que no existían con el uso de la cerámica ya que podía reemplazarse por una nueva cuando fuera necesario.

7. El peligro de remar contra la corriente

Pese a la existencia de alternativas que podrían resultar, si no ideales, al menos favorables para la mayoría de la población de la zona, la principal dificultad a enfrentar es la marcada brecha existente entre quienes entienden el agua como un componente esencial de la vida y trabajan en sistemas de gestión compatibles con el medio (los adherentes a la idea de la existencia de una “cultura del agua” particular para cada región), y las políticas oficiales que aplican recetas preestablecidas de contextos extraños al mundo chaqueño (la gran

mayoría de las veces, si no todas, de corte capitalista donde el agua es un “bien de consumo” y, como tal, un producto comercializable).

Como decíamos previamente, a la pobreza reinante en el monte del Noreste de Argentina se suma la necesidad de depender de terceros como ONGs o voluntarios, que por su propia organización también cuentan con escaso presupuesto, normalmente en forma de donaciones y aportes particulares. Ello hace que su colaboración tenga un escaso alcance en la amplitud del territorio y el numeroso conjunto de poblaciones que no cuentan con medios económicos y técnicos propios. Además, este sistema de colaboración dificulta el mantenimiento de las mejoras introducidas debido a que, con el paso del tiempo, las instalaciones quedan inevitablemente obsoletas, se contaminan las napas con el agua salada y arsenical circundante o se agota el agua potable mientras que, por otro lado, la falta de limpieza de pozos y recipientes de almacenaje facilita la reproducción de parásitos, bacterias y virus.

Por el contrario, las políticas públicas no contemplan el conjunto de necesidades de la población cuando toman medidas, que siempre son de emergencia –una inundación o gran sequía- o a muy largo plazo, como la construcción de grandes obras de infraestructura. A ello se suma la invisibilización de la situación indígena por parte de los responsables políticos y el desmantelamiento de los organismos colaboradores que contemplan medidas alternativas, como en Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el de Tecnología Agraria (INTA), las universidades o el CONICET, recortando fuentes de desarrollo de medidas alternativas a la infraestructura gubernamental.

La falta de titulación de las tierras en manos comunitarias es un obstáculo difícil de superar. Tras una intensa campaña de presión social, el actual gobierno renovó la Ley 26.160 de Emergencia territorial, pero sigue dilatando la tramitación de la propiedad, con lo cual la mayoría de las poblaciones indígenas está viviendo en terrenos fiscales sujetos a la especulación económica de los gestores y, con ello, la pérdida tanto de las viviendas como de las mejoras que se hayan introducido en términos de extracción y acumulación de agua potable (Vidal 2018a).

8. Reflexiones finales

Una falsa concepción de la modernización como la solución de todos males de la humanidad atenta contra muchas formas de vida ecológicamente estables. En el caso de las poblaciones indígenas del Gran Chaco, a la vez que se las excluye de las medidas oficiales de sanidad y obtención de agua potable, se construye en torno a ellas un discurso

sobre el “atraso” y la “inutilidad de las prácticas nativas” que desconoce su relación con el agua pero, a la vez, no ofrece alternativas viables. Aunque muchas veces caiga en saco roto, es necesario insistir que cuando se trata de calidad de vida, es imprescindible recurrir a políticas inclusivas que consideren valores supraeconómicos (UNESCO 2018) donde puedan participar todos los agentes involucrados en la toma de decisiones

Todas las sociedades han tenido y tienen una cultura del agua, y ello trae aparejado que las soluciones en este aspecto –como en casi todos- no se pueden estandarizar o tecnificar: este tipo de actitudes generalmente ha desplazado otras prácticas originadas en un conocimiento local que es desdeñado o ignorado por la visión de las tecno-burocracias actuales, pero que muchas veces es el más adecuado para la zona. La reivindicación de la cultura y tecnología originarias no es un mero capricho de moda: encierra un conocimiento que puede complementar perfectamente el de la ciencia y técnica occidental.

En el caso de las naciones originarias del Gran Chaco, la ampliación del territorio de aprovechamiento de recursos, como dice nuestra Constitución Nacional en su artículo 17, es un paso previo y fundamental para que una parte importante de la población del país pueda disfrutar del acceso a fuentes de agua potable, y se haga efectiva una distribución equitativa de los recursos naturales, sanitarios y económicos que en la actualidad está ignorando a más un tercio de la población y alimentando las ganancias de unos pocos elegidos.

9. Agradecimientos

A Leko Zamora y Neli Páez por compartir su conocimiento de primera mano sobre el acceso al agua en El Impenetrable. A Jessica Chara por el modelado de la P’ahla y los juegos de hilo. A Vicencio Segundo y Élide Salteño por las explicaciones sobre el uso del hueso. Al Museo del Hombre-INAPL y el Museo R.J. Sotelo por las fotografías. Este trabajo se encuadra dentro de una beca del programa Investiga Cultura, Ministerio de Cultura de la Nación, y otra del Fondo Regional de las Artes/Partido de Tres de Febrero y cuenta con el apoyo de la Fundación Rubén Pérez Bugallo.

10. Bibliografía

AGUILAR, F; AVA, M.; VIDAL, A. (coords.) (s/f): El agua, el medio y las culturas aborígenes. APCD, CECAZO, INCUPO. Formosa.

- ANÓNIMO (2017) *Las fotos viajeras. Pueblos indígenas y memorias en el Gran Chaco argentino*. Buenos Aires: Asociación Civil Rumbo Sur y Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- ARENAS, P. (2003) *Etnografía y alimentación entre los toba-ñachilamoleek y wichí-lhuku'tas del Chaco Central (Argentina)*. Buenos Aires: Edición del autor.
- ALISCIONI, C. (2005) Marines en Paraguay: se reaviva el temor sobre los recursos naturales. *Clarín* 25/11/2005.
- ALVARSSON, I. (2012) *Belleza y utilidad. La cultura material*. Etnografía 'weenhayek 3. Uppsala: Universidad de Uppsala/FI'WEN.
- ATTÍAS, A. y LOMBARDO, R. (2014) Población originaria de la Provincia del Chaco. Territorios, dominación y resistencias. *Theomai* 30 (2), pp. 65-80.
- BAARBROKE GRUBB, W. (1993 [1911]) *Un pueblo desconocido en tierra desconocida. Un relato de la vida y las costumbres de los indígenas lengua del Chaco paraguayo, con aventuras y experiencias de veinte años de trabajo pionero y exploratorios entre ellos*. Asunción: Iglesia Anglicana Paraguaya.
- CANAL ENCUESTRO (2007) Pueblos originarios capítulo VIII. Qom-Tobas. No'huet y Jesús. <https://youtu.be/pj0EaKAhGhQ>
- CORDEU, E. (2006) Los chamacoco o ishir. Etnohistoria, sociedad y cosmovisión. En T. Escobar (ed.), *Museo del Barro. Catálogo*. Asunción, pp. 55-66.
- DIARIOINFORSALTA (2018) Honestidad brutal “no perdieron casi nada, porque no tenían casi nada”, dijo Urtubey sobre los inundados de Santa Victoria Este (07/02/2018).
- LAMENZA, G; CALANDRA, H. y SALCEDA, S. (2016) Nuevos aportes a la arqueología de Formosa (Argentina): cronología del sitio arqueológico “El Quebracho”. *Arqueología* 22 (2), pp. 399-408.
- MÁRQUEZ MIRANDA, F. (1942) Hallazgos arqueológicos chaqueños. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 3, pp. 7-27.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN (s/f) *Demografía de las provincias de Formosa y Chaco*. Secuencia didáctica 771. <http://mapoteca.educ.ar/.files/index.html.1.647.html> (30/05/2018).
- MINISTERIO DEL INTERIOR (2016) Plan Belgrano. Obras en el Impenetrable. <http://www.mininterior.gov.ar/prensa/prensa.php?i=9141> (22/05/2018).
- MONTENEGRO, R. (2010) Argentina: el informe del CONICET sobre el glifosato. <http://www.biodiversidadla.org/content/view/full/51845> (22/05/2018).

OETEC (2016) El acueducto del Impenetrable: ¿Plan Belgrano? ¿Financiada por “el Gobierno”? <http://eppa.com.ar/4456-2/> (22/05/2018).

OJEA, J.M.; SEGOVIA, S. y MORENO, S. (s/f) *Manual de educación ambiental. Provincia de Formosa (ecorregión del Gran Chaco americano)*. Formosa: Ministerio de Cultura y Educación de Formosa y Fundación Vida Silvestre.

ORELLANA, J. (2005) Unidad Temática N° 6: Tratamiento de las aguas. Apuntes de Ingeniería Sanitaria UTN – FRRO. Manuscrito.

SUÁREZ, M. (2009) El análisis de narrativas en etnobotánica: el “yuchán” (*Ceiba chodatii*, *Bombacaceae*) en el discurso de los wichís del Chaco Semiárido salteño, Argentina. *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica* 44 (3-4), pp. 405-419.

SUÁREZ, M. (2012) Espíritus vinculados con el bosque y sus plantas en el mundo de los wichís en el Chaco semiárido salteño, Argentina. En P. Arenas (ed.), *Etnobotánica en zonas áridas y semiáridas del Cono Sur de Sudamérica*. Buenos Aires: CONICET. pp. 146-178.

TIEMPO ARGENTINO (2017) Comunidades wichí en Salta: 26 muertes en 23 días. Noticia del 20 marzo de 2017. <http://www.tiempoar.com.ar/articulo/view/65608-comunidades-wichi-en-salta-26-muertes-en-23-dias> (20/05/2018).

UNESCO (2018) 8° Foro Mundial del Agua: “Compartiendo el agua, compartiendo oportunidades”. Montevideo.

VARGAS, R. (2006) *La cultura del agua. Lecciones de la América indígena*. Montevideo: Programa Hidrológico Internacional (PHI) de la Oficina Regional de Ciencia para América Latina y el Caribe de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

VIDAL, A. (2017) Territorios ancestrales y alfarería ausente. La cerámica del pueblo qom (Gran Chaco, Argentina). En J. García-Rosselló, M. Calvo, D. Alberio y D. Javaloyas (coords.), *Complutum*. Número monográfico *Etnoarqueología*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Pp. 359-377.

VIDAL, A. (2018a) De la “tierra sin mal” a los acampados antisistema. El proceso de visibilización de los pueblos originarios del Gran Chaco (Argentina). En J. García Rosselló, J. Leterier y A. Vidal (coords.), *Ser indígena: expresiones subalternas de resistencia e identidad*. En prensa.

VIDAL, A. (2018b) *Patrimonio, identidad y agencia en las cerámicas etnográficas argentinas del INAPL*. Informe inédito para el Ministerio de Cultura de la Nación. Programa Investiga Cultura.